



En esta carta, escrita a los Ermitaños de la Divina Providencia años después de su fundación, Don Orione habla de la vocación religiosa a la que han sido llamados y del valor de su misión, recordándoles que ha sido Dios quien ha querido distintas ramas en la Pequeña Obra. Los exhorta a colaborar a través del trabajo y la oración a la salvación del mundo.



28 de marzo de 1932, Lunes de Pascua.

¡Almas y almas!

A Don Draghi y a mis queridos hermanos, los Ermitaños de la Divina Providencia de S. Alberto.

¡La paz este con ustedes!.. Estoy feliz de saber que están contentos con el estado eremítico. El Señor los ha llamado, oh amados míos, a una vida de humildad, de oración, de trabajo y de penitencia, en el reniego total del amor propio y de toda pasión. Agradecemos siempre al Señor por esto.

El estado sacerdotal es muy noble ciertamente; pero no se debe creer que en el cielo tendrá más gloria quien ha sido sacerdote que quien no lo ha sido, porque no lo ha podido ser o porque Dios dispuso que no lo sea. El hecho de tener un premio más o menos grande en el cielo, depende únicamente de haber adquirido un número

proporcionado de méritos; por lo que, sin distinción alguna, aquel tendrá mayor grado de gloria en el Paraíso si más que los demás caminó rectamente en humildad y castidad delante de Dios, y procuró hacer la voluntad divina en la voluntad de su Superior, que le hace las veces de Nuestro Señor Jesucristo.

Por esto, oh hijos míos, deben notar que quien no es sacerdote, podrá adquirir un premio mayor de quien es sacerdote, podrá tener más gloria que los ángeles mismos.

Cada uno de ustedes habrá sentido hablar de San Antonio Abad y de San Pablo el Eremita. Pues bien ellos no eran

“En Ti y solo por Ti...”

sacerdotes aunque tenían a su cargo a centenares de Santos Monjes y Ermitaños. San Benito Abad, Patriarca de los Monjes de Occidente, no era sacerdote; San Francisco de Asís, aunque es uno de los más grandes Santos que honran a la Iglesia y fundador de una Orden religiosa, no era sacerdote. Lo mismo se puede decir de tantos otros Santos, como S. Gerardo Maiella y S. Pascual Baylon, llamado el Doctor de la Eucaristía, que fueron solamente hermanos conversos –y laicos; así el Beato Francisco de Camporosso, llamado en Génova “El Padre Santo”, beatificado hace algunos años, era un laico capuchino, San Luis Gonzaga, San Stanislao Kostka, San Juan Berchmans no eran sacerdotes, como también San Gabriel de la Virgen de los Dolores. La mayor parte de los primeros compañeros de San Francisco de Asís eran hombres santos, como también se lee en los Florilegios de San Francisco, más no eran sacerdotes, y se puede decir que la totalidad de los Ermitaños y Anacoretas y Monjes de la Tebaida de Egipto, verdaderos y grandes siervos de Dios, no tenían la Misa.

Y podría multiplicar los ejemplos; pero no deseo hacerme fastidioso, pues aquellos a los que me he referido son muy elocuentes. Lo que por lo tanto debe interesarnos, oh mis amadísimos hijos, es corresponder, en el mejor modo posible, a la gracia de la vocación religiosa, que es la gracia más grande que Dios nos podía hacer, después de la gracia del santo Bautismo; gracia que nos es envidiada no sólo por muchos píos seculares, sino también por muchos sacerdotes, por aquellos

sacerdotes que son verdaderamente de espíritu y de vida de oración.

Yo conozco a muchos que desearían hacerse religiosos, más no pueden por motivos de familia o por otros motivos, que aquí sería prolijo referir.

Oh sí, amadísimos míos en el Señor, si hay alguien del cual se puede decir que es amado por el Señor, si hay alguien del cual se puede decir que es amado por el Señor, y amado con especial predilección, somos nosotros los religiosos, que, preferidos entre otros y sin ningún mérito nuestro en particular, hemos sido quitados de la babilonia de este horrible mundo y llamados a la vida religiosa, o sea no sólo a observar los santos Mandamientos de Dios y de la Iglesia –como deben hacer todos los verdaderos y buenos cristianos–, sino

“

“Si el Señor, en el seno mismo de esta su Pequeña Obra de la Divina Providencia, ha destinado que haya ramas distintas de una misma planta, de una misma Obra –y que algunos sean sacerdotes y otros no lo sean– recuerden siempre, oh amados míos, que eso no lo ha hecho, porque prefiere a los primeros en lugar de los segundos, sino para que los sacerdotes ayuden a salvar a las almas en un modo, principalmente con el ministerio de los Sacramentos y de la predicación y con otros medios, que son propios de los deberes sacerdotales; y los otros, en cambio, deberán ocuparse de su santificación y la salvación del prójimo, diría, de otro modo, o sea, por medio especialmente de la oración, que hará más fecundo el ministerio de quienes son sacerdotes: por medio del buen ejemplo, por medio de la humildad, del sacrificio y del trabajo corporal.”

”

“En Ti y solo por Ti...”

también a practicar los Consejos evangélicos de la perfección, eso es la obediencia, la pobreza y la castidad; dando así la espalda al mundo, liberándonos de tantos cuidados y ocupaciones terrenas, para unirnos más íntimamente con Dios y llegar, en breve tiempo, a una gran santidad y perfección.

Pero, oh mis hijos en Cristo, al habernos dado Dios la gracia de salir del mundo y llamarnos a su especial servicio, desea de nosotros grandes cosas, gran generosidad de ánimo y fervor, gran correspondencia. Dios nos ha dado todo su amor y hasta su sangre! El Religioso debe, por lo tanto, despojarse de todas las costumbres seculares, debe velar sobre su corazón y ofrecerle no una parte sola: toda su vida!

Si el Señor, en el seno mismo de esta su Pequeña Obra de la Divina Providencia, ha destinado que haya ramas distintas de una misma planta, de una misma Obra –y que algunos sean sacerdotes y otros no lo sean– recuerden siempre, oh amados míos, que eso no lo ha hecho, porque prefiere a los primeros en lugar de los segundos, sino para que los sacerdotes ayuden a salvar a las almas en un modo, principalmente con el ministerio de los Sacramentos y de la predicación y con otros medios, que son propios de los deberes sacerdotales; y los otros, en cambio, deberán ocuparse de su santificación y la salvación del prójimo, diría, de otro modo, o sea, por medio especialmente de la oración, que hará más fecundo el ministerio de quienes son sacerdotes: por medio del buen ejemplo, por medio de la humildad

del sacrificio y del trabajo corporal.

El trabajo es una de las leyes constitutivas dadas por Dios a la humanidad; este sirve para domar las pasiones, para disciplinar el espíritu y para santificar la vida, en obediencia a Dios y sobre el ejemplo de Nuestro Señor Jesucristo, que, siendo Dios, se ha hecho humilde artesano, y el ejemplo de todos los Santos, los cuales fueron todos grandes trabajadores, grandes faquines de Dios y de las almas.

La regla grande y santa de San Benito se resume en dos palabras: “Laus et labor”, que quiere decir: ¡trabajo y oración! Que esta sea la vida de ustedes, oh amados Ermitaños de la Divina Providencia: una vida fundada sobre la Fe, la humildad, la oración, la operosidad, la obediencia, la pobreza, el candor y pureza de la conducta de ustedes, la mortificación y templanza, sobre la más generosa y delicada modestia.

Háganse guiar en todo, oh mis amados hermanos Ermitaños, por una viva fe en Dios, en la Iglesia y en la obediencia, nunca por vuestro propio raciocinio. Sigán en todo y alegremente el camino de la cruz, vía regia, vía santa, vía de obediencia al Superior: la obediencia es el anillo de oro que nos une a Cristo y a su Iglesia.

Y si viene el demonio o el mundo a tentarlos, entréguese a una ferviente oración, la oración es la que mantiene la vocación. Haciendo así, ustedes, hijos míos, conseguirán infaliblemente la perfección religiosa, a la cual debemos

“En Ti y solo por Ti...”

aspirar continuamente y a la cual debemos dirigir todos nuestros cuidados.

Yo le ruego al Señor por cada uno de ustedes a este fin y he deseado escribirles esta carta, que es la más larga que escribo después de mi enfermedad, y la escribí con varias pausas, más con el más vivo deseo de poderlos así animar de buenos sentimientos y alentarlos a entregarse rápido e intensamente al servicio divino. San Alberto ha querido que la Iglesia del Eremitorio fuese dedicada a Santa María, Madre de Dios, y el Eremitorio puesto a los pies y a la total dependencia de la Sede Apostólica y de San Pedro. Así a la Santísima Virgen y al Vicario en la tierra de Jesucristo, o sea al Beato Apóstol Pedro –el Apóstol de la Fe y del amor grande a Jesús– les ofrezco humildemente y consagro a ustedes, oh hijos míos y a mí, en estas santas y alegres Fiestas Pascuales; y le ruego a Nuestro Señor que infunda en nosotros el espíritu de su divina caridad y de su suavísima paz para que, reconfortados con el Sacramento Pascual, su piedad nos haga siempre más unidos y concordados en el bien y haga de nosotros un corazón solo y un alma sola en Jesucristo Crucificado, Dios y Redentor Nuestro.

Bendigo a Don Draghi, a todos y cada uno de ustedes, y les recomiendo rogar por mí y por la Congregación. Reciban

los saludos de los hermanos y en modo particular la bendición de Don Sterpi.

Vuestro en Jesucristo y María Santísima.

Sac. Juan Luis Orione de la Divina
Providencia

